

mo origen; lo mismo decimos por lo que hace á la raza *Mandiocca* entre los Indios del Brasil.

Ahora bien; si se mira á un animal como á un original progenitor, claro está que será tratado con veneracion, y por lo tanto bien puede preverse que sucederá lo mismo de todo antecesor vegetal; tal vez en este caso los sentimientos no se mostrarán de una manera tan enérgica, por cuanto no se comprenden con igual facilidad las propiedades de las plantas con relacion al destino de los hombres, pero es probable que la idea del carácter sagrado de ciertas plantas se ha formado de esta suerte dando origen á prácticas casi religiosas.

Conviene notar aquí un cierto modo, segun el cual una falsa interpretacion de los nombres conduce á una creencia que hace plantas y animales de los hombres, de modo que por esta vez no se saca á los hombres de los animales que á las plantas. Hemos visto ya que los Salichs, los Nisquallies y los Yokimas, admiten que las aves y los animales salvajes y hasta las raíces comestibles tienen antecesores humanos; y hemos estimado natural pensar que una falsa interpretacion de los nombres puede conducir á esta suposicion lo mismo que á la inversa. Pero existe una costumbre que lleva de una manera más directa á las creencias de ese género. Pueblos hay que sin pertenecer á una misma raza tienen la costumbre de dar al padre el nombre de su hijo; es decir, que se le llama, á contar del nacimiento del hijo, el padre ó la madre de fulano de tal, de esto hemos citado un ejemplo más arriba; pero los Malayos y Dayaks ofrecen cuantos se necesiten para dejarlo demostrado. Ahora bien, si el hijo lleva un nombre de animal ó de planta, bastará que la tradicion exprese á la letra que un cierto hombre era «el padre de la tortuga,» ó que cierta mujer era «la madre del maíz,» para hacer creer que este animal ó esta planta deben la vida á un sér humano. En algunos casos el uso de esos nombres de parentesco en sentido figurado da lugar al mismo error pero de una manera más rara, lo mismo que á otros muchos errores análogos. ¿Se distingue un individuo por algun atributo? Pues á seguida se cree que él lo ha producido ó engendrado; se dice que él es su padre, y esta idea se expresa ora directa ora metafóricamente. Hé aquí á este efecto un ejemplo tomado de Mason á propósito de los Karens:

«Cuando el niño crece y acusa un rasgo particular cualquiera de carácter, sus amigos le dan otro nombre al que añaden el de «padre» ó «madre.» Así cuando un niño se muestra inclinado al trabajo, se le llama «padre de la prontitud.» Si tira bien el arco, «padre del tiro.» Cuando una muchacha es

ingeniosa se la llama «madre de la habilidad.» Si tiene facilidad de palabra, «madre de la palabra.» Algunas veces el nombre se saca de condiciones exteriores del individuo. Por esto se llamaba á una jóven blanca «madre del algodón blanco,» y se daba á otra que se distinguía por sus elegantes formas el nombre de «madre del faisán.»

Hé aquí formas de nombres que bastará que sean en adelante mal entendidos, para creer que no solo los seres humanos son los antecesores de los animales y de las plantas, si que tambien de otras cosas.

Otra prueba indirecta hay que añadir para demostrar que el hábito de atribuir á las plantas un espíritu, y el culto de las plantas que es su consecuencia, se han producido de una de las maneras que dejamos indicado. Los hechos no dan lugar á duda sobre que no siempre se deja de identificar de una manera casi ménos decisiva la planta objeto del culto y un sér humano.

Si el culto de las plantas proviniera de un pretendido fetichismo primitivo, si no fuera más que el producto de una explicacion animista, el cual, se dice, no es más que el efecto natural de la tendencia de los espíritus groseros á atribuir la dualidad á todos los objetos, nada podría explicar la forma que se da al espíritu planta. Para el salvaje, el otro yo de un hombre, de una mujer ó de un niño se parece al hombre, á la mujer ó al niño por el rostro; el otro yo es tambien un duplicado del individuo que se puede reconocer como se reconoce al individuo. Si, pues, la concepcion del espíritu planta era, como se ha pretendido, un resultado del animismo original, una cosa anterior y no posterior á la teoría espiritista, hubo de concebirse los espíritus plantas bajo formas de plantas; hubo de concebírselas con los atributos que poseen las plantas. Y sin embargo, no se vé nada de esto. No se supone que tengan carácter alguno vegetal; por lo contrario, se supone que tienen muchos caracteres enteramente diferentes de los de las plantas. De ello tenemos pruebas directas é indirectas.

En el Oriente existen leyendas en que los árboles hablan: los duplicados que las habitan están dotados de una facultad que los mismos árboles no poseen. Los naturales del Congo depositan calabazas llenas de vino al pié de sus árboles sagrados, para el caso de que tengan sed; es decir, que les atribuyen un gusto de que no dan indicio los árboles, pues ello es que los tratan como á sus muertos. Igual costumbre ha notado Oldfield á Addacadah, donde se ven aves de corral y otros objetos suspendidos como ofrendas de árboles gigantescos: lo mismo nos cuenta Mr. Tylor, quien vió un viejo ciprés del cual los In-

dios mejicanos suspendian dientes y mechones de negros cabellos; que es lo que cuenta Hunter en sus *Annals of Rural Bengal*, esto es, que cada año á Birhum «se hacen sacrificios á un espíritu que habita en el «bela» (árbol). Esos hechos prueban que no es al árbol sino al espíritu que se supone que reside en él, á quien se ofrecen los sacrificios, y que este espíritu tiene atributos de todo punto diferentes de los de un árbol, y completamente semejantes á los que se atribuyen al otro yo de un sér humano. Además, recuérdese que se ven en ciertas pinturas murales del Egipto figuras de mujeres saliendo de árboles dispensando sus bendiciones.

Todavía tenemos una prueba directa más concluyente. En *El Sarawak* de Low leemos que se cree en ese país que algunas veces los hombres son metamorfoseados en árboles, y dice más adelante:

«Los Dayaks del interior veneran ciertas plantas, levantando á su lado pequeños altares de bambú en los que se pone una escalera para facilitar á los espíritus el acceso de las ofrendas, compuestas de alimentos, agua, etc., que se depositan sobre el altar en los dias festivos.»

No es ménos concluyente una opinion de los Iroqueses que nos da á conocer Morgan. «Suponen, dice, que los espíritus del trigo, de las habas, de los guisantes, tienen la forma de hermosas mujeres.» Esto nos recuerda las diademas de la mitología clásica, donde se las figura igualmente bajo la forma de espíritus femeninos de forma humana, y se le ofrecen sacrificios de la misma manera que en general se ofrecen á los espíritus de los hombres.

Armonízanse perfectamente esos hechos con las explicaciones precedentes, pero á la vez son incompatibles con las explicaciones animistas.

Luego, el culto de las plantas como el de los ídolos y de los animales, es una desviación del culto de los antecesores, bajo una forma un poco más confusa, pero en el fondo de igual naturaleza. El tronco arroja sus ramas en tres direcciones diferentes, pero no tiene más que una raíz.

Los efectos tóxicos producidos por ciertas plantas ó por extractos sacados de las mismas, ó por los jugos fermentados, se asimilan á otras excitaciones nervosas, que se atribuyen á espíritus ó demonios. Cuando la excitación es agradable, se mira al espíritu que la produce como un sér bienhechor, que se ingiere con la droga y que se supone que antes habitaba en la planta; se le identifica con un sér humano que ha existido, y se hace de él un dios al cual se dirigen preces y alabanzas.

Tribus que han abandonado los lugares donde crecían ciertos árboles ó plantas, cambian sin notarlo las leyendas que les hacen salir de entre esos árboles por leyendas que les dan á esos árboles como antecesores: las palabras que podrían expresar la diferencia de esas dos ideas no se encuentran en su vocabulario. Por lo tanto, creen que esos árboles son sus antecesores y los miran como sagrados.

Además, el hábito de dar á individuos nombres de plantas se convierte en una causa permanente de confusión. Para que fuera imposible el confundirlos, sería necesario emplear expresiones verbales capaces de distinguirlos, pero que no pueden existir en las lenguas groseras. De esta confusión nacen las ideas y los sentimientos que se unen al antecesor-planta, y que son de la misma naturaleza que los que hacen nacer el antecesor animal ó el antecesor bajo forma humana.

Así la teoría espiritista, que nos da la clave de otras supersticiones, nos da la clave de éstas, que sin ella implicarían absurdos gratuitos que no podemos legítimamente atribuir á los hombres primitivos.

#### CULTO DE LA NATURALEZA

Bajo este título que tomado literalmente comprenderá el tema de los dos anteriores, pero el cual ordinariamente se toma en una acepción más restringida, falta tratar de las creencias supersticiosas y de los sentimientos que se unen á los objetos ó á las fuerzas orgánicas más sorprendentes.

Si el lector no está sometido á la influencia de otras teorías, comprenderá anticipadamente la analogía que existe entre el génesis de estas supersticiones y de estos sentimientos y el génesis de las supersticiones y sentimientos de que ya hemos hablado. Hallará poco probable que saquen su origen de otras fuentes que aquellas que hemos descrito. Verá también que ciertos razonamientos que llevaban al hombre á confundir el objeto de su adoración con un sér humano que había dejado de existir, no pueden aplicarse al culto de la naturaleza. El sol y la luna no van á las viejas habitaciones, ni habitan la caverna funeraria como lo hacen ciertos animales; por consiguiente, no se tiene este motivo para considerarles como los espíritus del muerto. Los mares y las montañas no tienen, como ciertas plantas, la virtud de producir una exaltación nerviosa entre los que las comen; y no se puede explicar por los mismos razo-